

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 304

Alicante 30 de Setiembre de 1876.

Año VII.

LA ROMERÍA.

V.

¿Qué se puede objetar contra la realización del grandioso proyecto que entre manos traemos los católicos españoles?

Largamente han disertado sobre esto los periódicos de cierto color, y durante muchos días ha sido ese el tema favorito de articulistas y gacetilleros. Dos ideas empero nos han particularmente llamado la atención.

Que la Romería es un acto de política más que de otra cosa. Esto han dicho los más. Acostumbrados estamos á que se nos eche en cara esta palabra en cuanto se nos ve mover pié ó mano á los hijos de la Iglesia. ¡Siempre ese *bú* para aterrarnos y contenernos! Siempre ese pretexto para señalarnos á las iras de arriba ó de abajo! A bien que esto mismo ha de hacernos ya mirar con indiferencia á la calumnia y á los calumniadores. Política se decía que hacíamos cuando celebrábamos nuestras funciones de desagravios despues de las blasfemias de la última Constituyente; política, cuando festejábamos el trigésimo aniversario del pontificado de Pío IX; po-

lítica, cuando practicábamos los ejercicios del Jubileo; política, cuando pedíamos la conservación de nuestra preciada unidad religiosa. Política se llamará cuanto salga de nuestro campo, mientras haya católico bobo ó cobarde á quien haga bajar la frente esta palabra absurdamente calumniosa. Solo les baremos cejar á nuestros adversarios en su vieja manía si, sin hacerles caso por tales palabrotadas, seguimos impávidos el camino que nos traza quien debe trazárnoslo, contestando á lo más con firmeza y decisión: «Pues, señor, si esto es política, viva esta política, y guerra sin tregua á toda otra que esta no sea! Nos acusais á todas horas de amalgamar para nuestros fines la política con la religion; vosotros sois los que, llamando política á lo que de la religion os mortifica ó desagrada, haceis todo lo posible para que nunca se vean sino muy unidas y amalgamadas estas dos ideas.»

Otros han salido con la gracia de que la Romería no es tal, porque no se hace á pié, sino en ferro-carril ó en barco de vapor, sin las correspondientes conchas, bordon y pintoresca esclavina. A seguir este modo de raciocinar podríamos decir que tampoco hay actualmente ejércitos en Europa, porque no gastan los guerreros de hoy escudo ó cota de malla

como usaron los de los siglos medios, ó porque se usan actualmente el fusil Remington y el cañon Krupp en vez de las máquinas de guerra que nos describe el Tasso en *La Jerusalem libertada*. ¿Con que el traje y el modo de viajar constituye lo esencial de la romería? Nosotros creíamos, al revés, que lo que la hacia tal era el objeto, esto es, visitar al Papa; la intencion; esto es, consolarle y ser por él bendecidos; y que todo lo demás eran accesorios más ó ménos dramáticos que no le importaban poco ni mucho al fondo de la cosa. Dirán que la Romería de hoy se hace con menos mortificacion. Es cierto; pero, sin meternos ahora á disputar el más y el ménos, nadie dirá que la tal Romería se haga sin sacrificios costosos. Sí, sacrificio es para quienes no gustan de viajar, como la mayor parte de nosotros, dejar nuestras casas y emprender una expedicion que nos obliga á desatender nuestros negocios; sacrificio es para muchisimas personas el gasto que con esto se imponen, y que (lo sabemos,) aunque rebajado, es para no pocas muy gravoso; sacrificio es arrostrar esa misma sátira de los impíos y sobreponerse varonilmente á sus insidiosas suposiciones, y sobrellevar con entereza y sin vacilar sus apodos é invectivas. Algo hacen tres, cuatro ó cinco mil hombres que, sin esperanza de lucro alguno temporal, sin la avidez de presenciar grandes fiestas ni famosas exposiciones, hasta sin la esperanza de poder visitar muy detenidamente las curiosidades de la ciudad pontificia, pues ocho dias no bastan ni para empezar, sin otro móvil que ver al Papa y volverse despues de haberle visto, emprenden camino de

algunos centenares de leguas, que por ninguna otra cosa del mundo volverian muchos de ellos á emprender, ni hubieran jamás emprendido. Si, mucho es eso, y lo prueba lo bien que lo agradece el Papa. Valerosísimo acto de fe es, y pruébalo, como otras veces hemos indicado, el mismo enojo que despierta en toda la turba multa de embozados ó descubiertos enemigos del Catolicismo. Convenido, pues: no es la Romería de hoy como las de otros siglos; pero aún así y todo muy buena debe de ser, cuando los impíos de hoy la miran tan de reojo como los de aquellos remotos tiempos mirarian indudablemente á las de entonces.

¡Adelante, pues, católicos españoles! ¡Aun tienen tiempo de formar una resolucion los que no la hayan formado hasta el presentel ¡Es la ocasion de sacudir tibiezas y apatías, es la hora de desentenderse de preocupaciones y respetos humanos, es tiempo de decidirse aunque sea á costa de penosos sacrificios! ¡Á Roma! ¡Al Vaticano! ¡A saludar á Pio IX, á recibir su bendicion! ¡Oh cuántos hoy, tal vez apáticos y negligentes, nos envidiarán á la vuelta esta dicha! ¡Cuántos sentirán en el fondo de su corazon el escozor de los remordimientos por haber desaprovechado tan hermosa ocasion como les deparaba la Providencial! ¡Cuántos se avergonzarán de haber entibiado tal vez con su flojedad ó con su indiferencia el ardor de otros hermanos suyos! Pero, en cambio, los que con tén y buena voluntad habieren emprendido la Romería, los que sobre todo la hayan realizado tan piadosa y espiritualmente como debe realizarse, ¡qué dulces recuerdos

guardarán de ella! Toda la vida les durará la emoción dulcísima de aquellos momentos que pasaron en presencia del Vicario de Dios; hasta la muerte oirán vibrar en su alma el eco de aquellas frases divinas que les habrá dirigido. Y contarán á sus hijos y á sus nietos las impresiones de este santo viaje; y cuando les falte ya la memoria de otras cosas, estas vivirán eternamente grabadas en la suya para consuelo de sus días postreros. «Hijos míos, dirá el anciano romero á la generación que se sentará á su rededor; hubo un tiempo en que érais vosotros muy jóvenes, ó en que no habíais tal vez visto la luz, y era en aquel tiempo en todas partes atrocemente perseguida la Iglesia de Dios. El mundo parecía todo una vasta conjuración contra ella. Apoderada la revolución de los Estados del Papa, vióse este reducido á solo su palacio, de donde no le permitían salir la propia dignidad y los escarnios con que en su propia ciudad se ultrajaba á todas las cosas santas. ¡Era aquel Papa Pio IX, Pio IX el Grande, Pio IX el Mártir, Pio IX el Santo! Y de todos los puntos del globo fué entonces tiernísima devoción y muestra de inquebrantable lealtad ir á consolarle en aquel su amarguísimo desamparo, allá en su propia cautividad, allá en medio de sus mismos enemigos. Y cruzaban de todas partes barcos y ferro-carriles, y en ellos, no individuos, no comisiones, sino pueblos enteros, uno tras otro en dirección al Vaticano, todos con las protestas de adhesión en los labios, con el llanto del amor y de la indignación en los ojos, con la limosna filial en las manos. Porque, sabedlo: el Papa, pobre entonces y despojado de

todo, rehusaba con firme entereza el dinero que le ofrecían sus enemigos como precio vil de una conciliación deshonrosa, y vivía de la limosna de sus hijos de todo el mundo, y aun tenía para dar á los afligidos de todo el mundo, de estas limosnas de sus hijos. Pues bien: oid, hijos míos. En aquellos días acordóse España de que ella, la católica por excelencia, la primera en recibir la fe, la postrera en perder su preciosa unidad, había faltado en cierto modo á esta cita general de los pueblos católicos; y enjugando de repente las lágrimas en que la tenían sumida sus nunca interrumpidas desventuras, iré, dijo, iré yo también á la casa de mi Padre. Y haciendo un llamamiento á sus hijos, reuniéronse miles de ellos, y dejaron sus casas, y cruzaron mares y montañas, y á pesar del vocerío de los malos, y de las dudas de los prudentes, y de las vacilaciones de los tímidos, llegaron á Roma, y fueron al Vaticano, y visitaron al Papa, y oyeron su voz dulcísima, y recibieron su bendición celestial. ¡Y yo era uno de ellos, hijos míos! ¡Yo ví al Papa! ¡Yo ví á Pio IX! ¡Yo ví al intrépido Anciano contra quien conspiraba todo el infierno, y él firme se estaba contra todo el infierno! ¡Yo ví al bondadoso Pastor contra quien rugían airadas todas las borrascas, y él tranquilo al pié del timón en medio de todas las borrascas! ¡Yo ví al Vicario de Dios en la tierra, y espero me ayude su soberana bendición á que pueda verle un día en el cielo!»

Amigos míos, lectores míos; no es sueño, no, no es fingida escena, no es hermosa ilusión de poeta lo que acaba de presentaros débilmente bosquejado mi

pluma. Es la realidad, y cada uno de vosotros que vaya á Roma puede ser feliz protagonista de ella. ¡A Roma, pues! ¡A Roma! ¡A ver al Papa, á escucharle, á ser por él bendecidos? Y despues... *Nunc dimittis servum tuum, Domine.*
—F. S. y S.

EL CARDENAL ANTONELLI.

Despues de la gran figura que, cual sorprendente obelisco se levanta en medio de nuestro siglo; despues de admirar las virtudes y preclaro talento de uno de los mas célebres pontífices que han gobernado la Iglesia, el mas heróico acaso por los grandes acontecimientos que en su largo reinado se han sucedido; despues del magnánimo Pio IX. hay otra figura que debe llamar la atencion de todo hombre pensador, hay que fijarse en otro génio eminente, en el cardenal Jacobo Antonelli; y no puede dejar de suceder asi, por la íntima relacion y unidad de hechos que enlazan la historia de ambos personajes.

Al cardenal Antonelli debe admirarse no solo por su talento reconocido por los hombres mas sabios de Europa, y aun del mundo civilizado, si que tambien por sus especiales dotes gubernamentales y diplomáticas, en cuya escuela es innegable que adquirió la supremacia.

Difícil es ser buen ministro de un monarca ó jefe de Estado, es decir, reunir todas las cualidades necesarias al efecto, porque exigiendo el desempeño de tan elevados cargos dotes muy especiales, no siempre se encuentran hombres que las

reunan. Los hay de grandes conocimientos en un ramo cualquiera del saber humano, en el que descuellan elevándose hasta la fama y adquiriendo por consecuencia una celebridad que les inmortaliza. En nuestro siglo ha habido hombres que se han distinguido en las armas, en la diplomacia y en el gobierno, en cuyos ramos respectivamente han demostrado de un modo innegable su talento, y la opinion pública—tribunal severo—les ha encomiado tributándoles con ello el debido homenaje; sin embargo, como hombres de Estado, no todos han sabido llenar cumplidamente su elevada mision, porque han carecido de algunas de las dotes especiales que son necesarias á los génios á quienes un monarca confia la direccion de los altos intereses que representa, ó un pueblo entusiasta se coloca confiadamente bajo su égida, creyéndola la más fecunda y feliz.

El cardenal Antonelli posee un talento vastísimo, y sus gestiones como hombre de gobierno no se limitan á un Estado, dejan conocerse en todo el orbe católico, porque los asuntos de la Iglesia son los de toda la cristiandad, y en todos ellos puede decirse que ha sido consultado por su competencia y por ser la persona de la íntima confianza del Papa; y como una prueba de su infatigable celo y de su extraordinaria laboriosidad, aún en los momentos en que sus graves padecimientos físicos le permiten algun descanso, se ocupa del despacho de los negocios mas urgentes y trascendentales. Por ello en su rápida carrera ha desempeñado, con general admiracion, los espinosos cargos de Prelado, Juez y Delegado de varias provincias; el de Subse-

cretario en el Ministerio interior, el de Ministro de Hacienda y de Estado, y por razon de este último cargo, el elevado puesto que hoy ocupa de encargado de las relaciones exteriores, dirigiendo con gran tino y no menos prudencia las negociaciones necesarias con las potencias, oponiendo por mucho tiempo una resistencia pasiva y digna á las insistentes exigencias diplomáticas que con refinada simulacion han intentado menoscabar los derechos de la Santa Sede. Organizó con gran actividad la administracion de las provincias y de los municipios, á la elevacion del actual Pontífice—cuya generosa política secundó—y con singular empeño se ocupó tambien de la institucion de un Consejo de Estado, sin olvidar ni un momento el mas posible desarrollo de los intereses materiales del pais, segun los fervientes deseos del Papa, viéndose por ello ejecutar con prontitud los trabajos del camino de hierro que debia unir á Roma con algunas importantes poblaciones é impulsándose á la vez otras obras de no menos reconocida utilidad pública.

A pesar de la inflexibilidad de su carácter y de su energía, el cardenal Antonelli es sumamente amable, y su elevada estatura, su espaciosa frente y su penetrante mirada revelan la expresion de su grande inteligencia, no manifestándose en nada su edad de setenta años cumplidos.

Con justicia debe ser admirado y considerado el Emmo. Cardenal Jacobo Antonelli como la segunda figura de nuestro siglo; y al trazar en su encomio estas pobres líneas, inspiradas únicamente por el entusiasmo que produce el conoci-

miento de los actos sublimes y elevados hechos de tan ilustre hombre, se dirigen fervientes votos al altísimo por el restablecimiento de la quebrantada salud del virtuoso Prelado y eminente génio, cuya fama no eclipsará nunca ni el maquiavelismo de algunos hombres verdaderamente funestos, ni la envidia de otros; y cuya pérdida seria general y justamente sentida, y acaso de consecuencias para los sagrados intereses de la Iglesia católica.

J. S. Corona.

23 Setiembre 1876.

LOS SANTOS PADRES

Y LA LIBERTAD DE LA IGLESIA

I.

La Iglesia, desde los primeros momentos de su vida, tuvo que rozarse más ó ménos con la autoridad civil; y aunque no tiene miras terrenas, sino que atiende solo á los bienes espirituales, se vió precisada á mantener con las armas de la razon los derechos que le son innegables, y que los principes con frecuencia han querido desconocer y vulnerar. La ambicion que hoy manifiestan los Estados de avasallar la Iglesia, no es un hecho nuevo en la historia, sino que data de los primeros siglos de la era cristiana; hecho que se ha venido continuando hasta nosotros, con pocos intervalos de paz y armonía entre ambas potestades, y que indudablemente seguirá continuándose en

lo futuro de igual suerte, porque estuvo en la voluntad del divino fundador de la Iglesia *enviar á los fieles como ovejas en medio de los lobos.*

Con disponer el Estado de innumerables elementos de fuerza, y con no tener la Iglesia más escudo que el de su ascendiente moral, sin embargo, ¡hecho particular! si al fin de cada siglo que trascurre se hiciesen cuentas entre el Estado y la Iglesia, contra lo que natural parece, se vería que ésta es la que sale gananciosa. Y al hablar de ganancias de la Iglesia, dicho se está que no son de intereses materiales, que de estos no hay por qué hacer caso, sino de bienes morales para los fieles, de ascendiente para la autoridad eclesiástica, de firmeza y evidencia para el dogma.

El poder civil inicia continuamente combates contra la Iglesia, y siempre tales combates son como los del viento que no consigue derribar las montañas; y la Iglesia siempre sale ganando algo, en uno ú otro sentido, pudiendo decirse que sus enemigos, queriendo lo contrario, contribuyen eficazmente á engradecerla.

II

Los Santos Padres que han mantenido la pureza de los dogmas contra las heregías, manifestando una ciencia admirable en las cosas sagradas, fueron también los que defendieron con decisión, energía y entereza los derechos de los fieles contra la ambición de la potestad civil.

Sin entrometerse en la gobernación del Estado, en lo que no afecta de cerca á la religión, en punto á reclamar enérgicamente la libertad de los cristia-

nos, y á oponerse decididamente á la intervención inusitada de los príncipes en el gobierno eclesiástico, nunca manifestaron la menor vacilación ni cortedad. Sus reclamaciones y protestas, hechas en siglos de tiranía, nos llaman la atención y nos parecen llevadas á un extremo peligroso, á nosotros los que vivimos en estos siglos de libertad. ¡Ya podía un Obispo de nuestros días hablar á cualquier ministro en la forma que lo hacían los Santos Padres á los emperadores, que se tomaría por el *non plus ultra* del desacato, y al día siguiente se encontraría caminando para el destierro ó para el calabozo!

Pero es un inapreciable consuelo ver que en el fondo la doctrina que defienden nuestros preclaros Obispos es la misma de los Santos Padres.

También los Santos Padres están conformes entre sí en sus afirmaciones y negaciones; y tal conformidad de doctrina de todos los fieles, en todos los siglos, á la par que excita la más alta admiración, es una prueba palmaria de que tienen de su parte la verdad.

Los Santos Padres, al dirigirse á los emperadores y hablarles con toda franqueza en nombre de la verdad y de la justicia, no es que tuviesen en bajo concepto la autoridad real; al contrario, á cada paso la colocan en la altísima elevación que le corresponde, y reconocen que los reyes ocupan en la tierra *el rango posterior á Dios. Aquo sunt secundi, post quem primi.* Y en prueba de esta afirmación, véase cómo Tertuliano se expresa, hablando de la dignidad del emperador, en el libro que intituló: *Apologético contra los gentiles.*

«Bien saben, (los emperadores), quién les dió el imperio. Bien saben quién les dió la vida y el alma. Conocen que el que tales cosas les dió no es otro sino solamente Dios, de cuyo poder dependen, de quien son los segundos, y despues del que son los primeros. Comprenden hasta dónde se extienden los límites de su poder; que sin Dios no pueden nada; que por él lo pueden todo.»

Digase cuanto se quiera contra la doctrina que establece que el origen de toda autoridad es el Sér Supremo, es indudable que mucho más se enaltece á los reyes afirmando que reinan por *derecho divino*, que diciendo que en la sociedad hay autoridad solo porque los hombres han querido que la haya. Con la primera afirmacion se fortalece el poder real; con la segunda se desvirtúa y se abre ancho camino á las perturbadoras revoluciones. Así es que Tertuliano, al decir que los emperadores ocupan el primer lugar despues de Dios, hace sagrada su autoridad.

Pero esto, lejos de servir para enorgullecer á los reyes y hacerlos irresponsables de sus actos, como que los obliga más estrechamente á usar bien de la autoridad que Dios puso en sus manos. San Gregorio Nazianceno quiere que los reyes sean un destello de las divinas perfecciones. «Respetad vuestra púrpura ¡oh emperadores! —les dice,— y considerad el gran misterio de que estais rodeados. Las cosas del cielo tan solo pertenecen á Dios; las de la tierra tambien os pertenecen á vosotros. Portaos como dioses con vuestros súbditos.» (Nazianc. *Ora-tio* 25.)

«El emperador está dentro de la Iglesia, y no sobre la Iglesia; y el que es buen emperador busca la proteccion de la Iglesia, no la rechaza.» (Ambr. cont. Aurentium.)

En las anteriores palabras resume San Ambrosio la doctrina de los Santos Padres acerca de la relacion en que están los príncipes con la potestad eclesiástica. Los reyes son miembros de la Iglesia, y como tales deben someterse á la autoridad del Pontífice en las cosas que afectan á la religion. No tiene el rey ninguna facultad de entrometerse en el gobierno espiritual de la Iglesia, porque *no está sobre la Iglesia; non supra Ecclesiam est.*

«Cuando se trataba de la causa de Cristo, los soldados cristianos no reconocian más señor que Dios; distinguian el Señor eterno del temporal Señor.» Así señala San Agustin los límites de la obediencia de los fieles al Poder temporal.

En cuanto á fijar el punto del que no puede pasar el poder civil sin invadir las facultades del poder eclesiástico, están los Santos Padres perfectamente explicitos y acordes.

«No te mezcles, decia Osio al emperador Constancio, en las cosas de la Iglesia, ni nos des lecciones en lo que debes recibir de nosotros. Dios te ha confiado á tí el imperio, y á nosotros los asuntos eclesiásticos. Así como seria contravenir á la ordenacion divina tratar de usurpar el imperio, guárdate de querer usurpar la autoridad eclesiástica, porque cometerias un gran crimen. Está escrito

que se dé «al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» No nos es lícito usar del poder temporal, ni te se puede permitir el derecho de las ofrendas ni el ministerio de las cosas sagradas. Te digo estas cosas, porque procuro la salvacion de tu alma.» (*Athanasius, epist. Ad solit.*)

«Está permitido al rey, decia el Papa Gelasio, ser juez en las cosas humanas, pero no presidir en las divinas. Jesucristo ha distinguido bien las facultades de los dos poderes, el de la Iglesia y el del rey; y fué su ánimo, al hacer tal distincion, salvar, por medio de la humildad, á los que están investidos de una ú otra autoridad. El emperador necesita del Pontífice para las cosas espirituales y eternas, y el Pontífice no puede valerse sin el emperador en los asuntos temporales.»

«Ya sabes, hijo muy amado, escribia el mismo Papa á un emperador, que aunque te es permitido, por tu dignidad, presidir al género humano, en cuanto á las cosas divinas debes inclinar la frente ante aquellos á quienes Dios se las encomendó. Considera, pues, con cuánta respetuosidad debes obedecer á los que tienen especial encargo de predicar los adorables misterios de la religion.» (*Gelas. Epist. 8, ad Anastasium imperatorem.*)

IV.

Alcanzar el favor de los reyes mediante la adulacion y la lisonja es más propio de cortesanos cobardes y pérfidos, que atienden siempre al fin sin reparar en los medios que para conseguirlo emplean, y que no vacilan en hacer bajezas

y males, con tal de ver satisfechas sus ambiciosas miras. Los santos doctores, opuestos á la adulacion bastarda que á menudo degenera en indigna bajeza, de continuo rehusaron emplearla para la consecucion de los fines que se proponian, esto es, para conseguir que se les hiciese justicia; y se les vió emplear medios directos y varoniles, reclamaciones vigorosas y protestas enérgicas. Creian y afirmaban que un Obispo con el Evangelio en la mano es invencible y más fuerte que todos los poderes de la tierra. Orígenes lo dice claramente:

«No queremos ni ambicionamos el favor de los hombres, ni de los reyes, ni es preciso alcanzarlo por medio de bajezas, crímenes y torpes contemporizaciones con el error, con cualquiera cosa contraria á la piedad, con adulaciones serviles y no dignas de un corazon magnánimo, que estima la fortaleza como la más elevada de las virtudes.» (*Orígenes, in Celsum, lib. 8.*) Con ocasion de este elocuente pasaje del célebre Orígenes, exclama un escritor de la nacion vecina: «¿Es este el lenguaje que usa un esclavo? ¿No es el lenguaje de un hombre libre, que tiene el sentimiento de su orgullo y de su independenciam?»

La doctrina expuesta por Orígenes, que es al propio tiempo la de todos los doctores de la Iglesia, nunca ha sido desmentida por los hechos. Los Santos Padres, que todavía conservaban en sus costumbres algunos perfiles de la vida de los antiguos profetas, se alejaban de las córtes, se escondian en el retiro, en el desierto, ó en ciudades remotas, para desde allí dejar oír su voz con entera libertad.

Sus voces elocuentes y enérgicas, saliendo de los extremos del imperio, como amenazas misteriosas del cielo, más de una vez hicieron estremecerse á los emperadores, y les obligaron á desistir de propósitos nefandos, y eran como un incontrastable baluarte opuesto á las demasías del poder civil.

Vamos á copiar dos pasajes, el uno de Synesio y el otro del Obispo de Hipona, en muestra de la franqueza con que los santos doctores hablaban á los reyes, y del concepto que formaban de la autoridad imperial:

«El que abusa del poder; que no guarda medida en el lujo; que solo piensa en sus intereses particulares y en placeres; que piensa que no está en el trono más que para satisfacer impunemente sus necesidades y oprimir á los súbditos; el que pretende no tener vasallos, sino miserables esclavos, que le sirvan para contentar sus caprichos y sus deseos immoderados... ese es un tirano.» (*Oratio de regno*; p. 5.)

»Llamamos dichosos á los príncipes que gobiernan con arreglo á la justicia; que no se enorgullecen con las alabanzas y muestras de respeto que reciben, sino que se acuerdan que son hombres; que someten su poder al poder supremo de Dios, haciéndole servir en obsequio de la religion; que aman, temen y adoran á Dios; que prefieren á su imperio aquel en que no tendrían rivales; que son lentos para castigar y pronto para perdonar; que castigan por el bien del Estado, y no por satisfacer su venganza, y perdonan, no porque los delitos queden impunes, sino con la esperanza de que los perdonados se corrijan; que, obligados á

usar de severidad, la templan con actos de clemencia; que reprimen tanto más sus deseos, cuanto más libertad tienen de satisfacerlos; que quieren mejor ser dueños de sus pasiones que de todos los pueblos del mundo; que, en fin, hacen todo, no por vanagloria, sino por amor á la vida eterna» (San Agustín, libro 5.^o de *Civitate Dei*.)

(Se concluirá.)

CRÓNICA RELIGIOSA.

PEREGRINACION Á ROMA.—El Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis no solamente aprueba y bendice este solemne acto religioso y la parte que toman en él varios de sus diocesanos, sino que sabemos les ha facilitado espontáneamente cartas de recomendacion para el Cardenal Antonelli y algun otro Prelado, á fin de que se les facilite una audiencia particular de Su Santidad, encargándoles le ofrezcan especialmente el testimonio de su profunda veneracion y respeto.

El gremio de labradores de San Antonio Abad, Tortosa, único que por su importancia se ha conservado en aquella ciudad, y que cuenta más de 500 años de existencia, se reunió en cuanto tuvo noticia de que se proyectaba una Romería al Vaticano.

Llenos de entusiasmo los que á la reunion asistieron, y no pudiendo costearse todos, como deseaban, el viaje á Roma, por ser en su mayor parte labradores de escasa fortuna, acordaron enviar un delegado que fuera labrador é individuo del gremio, y que llevara para presen-

tarse á Su Santidad un traje decente, pero propio de labrador al uso del país. Para facilitar los recursos que el delegado habia de necesitar, determinaron que la caja del gremio contribuyera con algo y que lo que faltase se reuniera por suscripción voluntaria entre los concurrentes. El resultado fué superior á lo que se necesitaba, y ya con los recursos necesarios fué nombrado por unanimidad, el secretario del gremio, que se prepara para besar el pié al Santo Padre en nombre de los católicos y honrados labradores tortosinos.

ITALIA.— Muchos indicios revelan las tendencias nativas de los hombres que se hallan en el poder, que sin temor y francamente se entregan á una abierta persecucion contra la Iglesia y con toda evidencia, á fin de adular las pasiones del partido radical y tenerle propicio en las próximas elecciones. No contentos de haber prohibido ya las procesiones y hasta el acompañamiento solemne del Viático, la emprenden con las corporaciones religiosas, ó mejor dicho, con los restos de estas corporaciones tales como estaban toleradas por las últimas leyes de supresion. Una circular del ministro de lo Interior anuncia el proyecto de negar á los religiosos, ya arrojados de sus moradas y privados de sus medios de subsistencia, el derecho de vivir ó de reunirse en comun en grupos más ó menos numerosos. El estatuto fundamental del reino reconocia este derecho á todos los ciudadanos, pero el ódio sectario hará una nueva excepcion con los religiosos.

Este mismo ódio ha inspirado la orden

que acaba de dar el gobierno italiano á las compañías de caminos de hierro de no conceder rebaja alguna á los peregrinos españoles, no obstante su número considerable (3.000 personas), aunque esta rebaja ha sido concedida por las compañías francesa y española. Esto seria exponer de golpe á las compañías italianas á la pérdida de un beneficio de 150.000 francos. ¿Qué importa? Lo que se intenta es crear embarazos á los peregrinos.

Pero estos peregrinos, que tienen sangre española en sus venas, no pueden soportar tranquilos semejante afrenta, puesto que han decidido emprender la peregrinacion aunque sea por mar. Parece que las compañías marítimas extranjeras les conceden una rebaja que les niegan las compañías de caminos de hierro italianas: está bien hecho, y este ejemplo mereceria ser imitado por otros peregrinos. Mientras tanto los peregrinos de Francia se han presentado los primeros en Roma á la aproximacion del otoño, viniendo de Saboya conducidos por sus pastores el Arzobispo de Chambery, monseñor Pichenot, y el Obispo de Annecy, monseñor Maguin. Un misionero de San Francisco de Sales, el abate J. Tissot, se encarga de la direccion espiritual de los peregrinos, que son cerca de 300. El Soberano Pontífice les recibirá, no solo á todos reunidos, en audiencia solemne, sino que tambien se ha dignado manifestar el deseo de recibirles sucesivamente por grupos de 30 ó 40. El dia de la audiencia solemne se fijó para el domingo 17.

En Játiva no solo se han abierto sus-

criciones en favor de Su Santidad, sino que los peregrinos que de allí van á Roma llevarán un estandarte, el cual dejarán despues á Nuestra Señora de Lourdes, cuyo santuario tambien proyectan visitar.

Leemos en *El Noticiero de Asturias*:

«Sigue aumentando el entusiasmo por la gran manifestacion católica, y nos felicitamos por ello.

Hay gran número de eclesiásticos alistados y algunos seculares de esta capital, Rivadesella, Gijón, Pola de Siero y otras poblaciones. Algunos arciprestazgos tienen señalado su representante. Sabemos de algunas familias, donde no pudiendo concurrir todos, se ha sorteado entre los hermanos, uno que vaya en nombre de los demás á ofrecer el testimonio de amor á Pio IX.»

Aunque muchos fieles no tienen medios para costearse el viaje á Roma, no por eso desisten de emprender la peregrinacion: *todavía hay fé en Israel*, hemos exclamado con el Evangelio, al leer lo que escriben á nuestro apreciado colega *El Siglo Futuro*:

«Es verdad que me se presentan muchos obstáculos que vencer; pero todos los echo á un lado, y no me acobarda mi edad, ya de cincuenta y seis años, ni los frios, calores, sed con otras mil necesidades y trabajos que Dios y su Santísima Madre saben. Tarde llegaré, porque mi Romería será á pié y pordioseando; pero, á pesar de esto, mis miembros, gracias á Dios, los hallo dispuestos para emprender un viaje de más de quinientas leguas.»

No es este el único caso: varios trabajadores de las montañas de Leon piensan imitar tan laudable ejemplo de amor y de entusiasmo.

En el Valle Andorra se ha nombrado un comisionado que represente en la Romería á los católicos habitantes de aquella comarca.

VARIEDADES.

UN HECHO NOTABLE.

De un libro titulado «Un invierno en Roma» por el Marqués de Segur, traducimos el siguiente extracto:

«Fue Monseñor Bastide el que me hizo conocer á la Srta. Emilia Leautard, esa santa hija de Marsella, providencia de los pobres, de los presos y de los soldados; procurándoles á estos últimos el grandísimo beneficio del establecimiento de hermanas de la Caridad en los hospitales militares de Marsella.

Esta cristiana admirable, habiendo ido á Roma á orar sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles y recibir la bendicion del Santo Padre, fue detenida allí por un impulso superior y divino y resolvió pasar en ella el resto de su vida.

En 1866 conociendo que su salud se debilitaba y no sabiendo ya cómo servir á Dios, tuvo la inspiracion de coronar su vida por un supremo y heróico sacrificio. Pio IX estaba gravemente enfermo y el mundo católico se llenaba de inquietud por su salud tan importante. La Srta. de Leautard resolvió ofrecerse como víctima á Dios en lugar de su vicario, pero temiendo que esto no fuese

un acto de presuncion, quiso primero asegurarse la autorizacion del mismo Papa; cuando ella le expuso su sublime desec, Pio IX quedó algunos momentos suspenso y silencioso, mientras que la santa mujer aguardaba ansiosa su respuesta. Al fin, como si obedeciese á una voz que le hablaba en secreto, puso su mano sobre la cabeza de la heroína cristiana y le dijo con acento solemne: ves, hija mia, y haz lo que el Espíritu de Dios te dicta; la bendijo con emocion y ella se fue llena de gozo. El dia siguiente era domingo, la Srta. de Leautard asistió como de costumbre á la primera misa de San Pedro; recibió la sagrada comunión, y cuando tuvo en su corazón la víctima del amor divino, ofreció su vida por el Papa á El que habia dado la suya por el género humano. Apenas hubo pronunciado su voto, cuando fue presa de un dolor agudo y repentino, y cayó en tierra lanzando un grito.

Le llevaron á su casa, l'amaron un médico, el que declaró que el arte no tenia remedio para un mal tan extraño. Todo aquel dia y los dos siguientes estuvo padeciendo crueles dolores; el miércoles 19 de Diciembre se tranquilizó, se calmaron los dolores, pidió y recibió los últimos sacramentos con una alegría angelical y murió la misma noche.

Comunicaron la noticia de esta muerte milagrosa á Su Santidad, que no mostró ninguna sorpresa; pero levantando los ojos al cielo murmuró con acento conmovido, *Così tosto accettato!* tan pronto aceptado! Feliz muerte que dió una santa más al cielo, y que ha contribuido con una parte, de Dios solo concedida pero segura, á la prolongacion providencial de la vida de nuestro Santo Padre Pio IX.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y media misa conventual, y por la tarde, á las cuatro, la novena del Rosario con sermon, y exposicion del Santísimo Sacramento. En Santa Maria, á las nueve misa mayor. En la Virgen de Gracia, á las ocho, misa de renovacion.

Martes.—En la Colegial, por la tarde, la novena del Rosario con sermon. En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion. En las Capuchinas dan principio las *Cuarenta Horas* de S. Francisco, poniendo de manifiesto á S. D. M. á las cinco de la mañana; á las nueve misa mayor con sermon que dirá D. José Carratalá, teniente cura de la Colegial, y por la tarde despues de los maitines solemnes se hará la reserva.

Miércoles.—En la Colegial continúa la novena del Rosario con sermon. En las Capuchinas, á las nueve, gran funcion en honor de San Francisco de Asis, con sermon que predicará D. José Baeza, canónigo de la Colegial, y por la tarde, á las cuatro y cuarto, meditacion, sermon que dirá D. Joaquin Garcia, cura ecónomo de Sta. Maria, trisagio, letania del Santísimo y reserva.

Jueves.—En la Colegial continúa la novena del Rosario con sermon. En las Capuchinas, último dia de *Cuarenta Horas*, por la mañana, á las nueve, misa mayor con sermon que predicará don Vicente Morell, teniente cura de la Colegial, y por la tarde los mismos ejercicios del dia anterior, siendo orador don Enrique Farach, sochantre de Santa Maria.

Sábado en la Colegial, á las ocho, misa de renovacion, y por la tarde la novena del Rosario con sermon.